

# «¿Qué has descubierto hasta ahora de esta compañía, incluso a partir de la Jornada de apertura de curso?»

## «HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

# 10. La experiencia de lo divino

por Luigi Giussani\*

«Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa [...] y os persuadirá de todo lo que os quiero decir».<sup>1</sup> Los apóstoles se habían encontrado casualmente con una realidad excepcional, fascinante, profundamente persuasiva: y la aceptaban, pero no se daban cuenta completamente de lo que significaba. De ella conservaban y respetaban las palabras, pero les daban la medida de su concepción de las cosas, sin percibir lo que ocultaban dentro. Repetían las definiciones que Él daba de sí, sin captar exactamente su misterio.

San Pablo pone un lúcido ejemplo. El animal se da cuenta de la presencia del hombre y reacciona a su comportamiento y a sus gestos. Y, sin embargo, no aterrada la realidad que está encerrada en ellos, permanece al margen de la realidad que reflejan: no «comprende». El animal carece de la sonda para descender al abismo del pensamiento y del amor, no tiene el instrumento adecuado para captar el misterio de un mundo diferente: el animal carece del «espíritu» humano. Por eso le es extraño, aunque se acurruque a sus pies, le frote las piernas o lama la mano: le falta la connaturalidad con el hombre. «Del mismo modo –concluye San Pablo– nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios».<sup>2</sup> A Cristo le ha encontrado verdaderamente sólo quien posee su Espíritu: «El que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece»<sup>3</sup>; por tanto es un extraño, un incapaz de descubrir su hechura íntima, su naturaleza secreta, alguien que no puede familiarizarse con Su misterio.

Sin el advenimiento de su Espíritu, el hombre puede encontrar en Cristo a un tipo grande, una figura de hombre excepcional, rebelde a cualquier reducción categórica, tal vez extraña, irresistiblemente persuasiva para el común esperar de los sencillos, entusiasmante para la fresca enérgica de los hombres apasionados por la justicia, peligrosísima para las formas responsables del orden establecido: todo esto fue para sus contemporáneos. O bien tan grande como para parecer quizá un mito dramático y conmovedor: y esto puede ser así para la escéptica desesperación del hombre de hoy. Pero sin el advenimiento de su Espíritu, el hombre –los apóstoles o nosotros– permanece en el oscuro límite de estas perspectivas; para el hombre, Cristo permanece como un rostro enigmático y misterioso. »

<sup>1</sup> Cf. Jn 16, 12s.

<sup>2</sup> Cf. Cor 2,11.

<sup>3</sup> Rm 8,9.

\* Del libro *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 79-82.

» Sin el advenimiento de su Espíritu, Él queda como otra llamada a la dolorosa espera humana, intensamente destacada entre el bosque de las otras voces; pero la clave interpretativa sigue todavía en el ambiguo límite del corazón, en el melancólico límite del pensamiento del hombre.

De este modo Cristo sería un nuevo objeto que afrontar, un nuevo riesgo que correr a ciegas, no un *nuevo* criterio, *otra* luz, finalmente *nueva*; porque toda la existencia consciente nos grita que el sentido de esta tierra nuestra está más allá de nuestro horizonte.

Así el encuentro con Cristo permanecería en la angustia de la experiencia puramente humana; y la visión de la realidad –nuestra cultura–, condenada al extravío en el enigma del ser y del destino, no liberada de su impotencia, no «redimida».